

OBISPO

Decretos

Santuario diocesano de San Benito de Allariz¹



LEONARDO LEMOS MONTANET
OBISPO DE OURENSE

Reg. Nº 12/2022

NOS EL DOCTOR DON JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA,

OBISPO DE OURENSE.

DECRETO

Los sacerdotes de la *Unidad de atención Parroquial de Allariz* (UaP) me han hecho llegar una solicitud para que designe “Santuario Diocesano” la iglesia de San Benito de aquella Villa, donde se venera la imagen de San Benito, patrono de la Villa alaricana desde el año 1900, pero que tiene un arraigo espiritual de varios siglos.

Me manifiestan, además, que dicha imagen goza de gran estima y veneración no sólo de parte de los habitantes de la Villa sino también de los fieles de otros lugares de la Diócesis Auriense, como lo atestiguan los numerosos visitantes y devotos que acuden en peregrinación a dicho templo.

Los miembros de la comunidad parroquial de Santiago de Allariz se han preocupado no sólo por mantener sino también por mejorar el templo, los anexos y los espacios aptos para la evangelización de devotos y peregrinos; y siempre ha contado con la atención esmerada de los sacerdotes de la parroquia.

Por otra parte, la condición para que un lugar sea considerado Santuario Diocesano, desde el punto de vista canónico, depende de que sea aprobado por el Obispo de la Diócesis (c. 1230). Esta aprobación tiene el valor de reconocimiento eclesial del lugar sagrado y de la finalidad específica de acogida del Pueblo de Dios que llega a este santuario para adorar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, profesar su Fe, celebrar los divinos misterios de la salvación, expresar su amor a la Santísima Virgen y venerar a los Santos, en especial a san Benito, suplicando su intercesión y ayuda.

Un santuario, dice san Juan Pablo II, es un *signo de Dios y de su irrupción en la historia humana, en cuanto representa un memorial del misterio de la Encarnación y de la Redención y una antena permanente de la buena nueva de nuestra salvación*. (En Montserrat, 7-11-82); y el Santo Padre Francisco, en un discurso que pronunció a los participantes en el primer encuentro internacional de rectores y colaboradores de santuarios, el 29 de noviembre de 2018, dice: *El santuario es ante todo un lugar de oración (...) los santuarios están llamados a alimentar la oración del peregrino*

1 Este Decreto pertenece al año 2022, pero no ha podido ser publicado previamente.

individual en el silencio de su corazón. Con las palabras del corazón, con el silencio, con las fórmulas aprendidas de memoria cuando era un niño, con sus gestos de piedad, cada uno debe ser ayudado a expresar su oración personal. Muchos van al santuario porque necesitan recibir una gracia, y luego regresan para dar gracias por haberla obtenido, a menudo por haber recibido fuerza y paz en la prueba. Esta oración hace que los santuarios sean lugares fecundos, para que la piedad del pueblo sea siempre alimentada y crezca en el conocimiento del amor de Dios.

Por todo ello y ante la petición de los sacerdotes de la UaP de Allariz y de numerosos fieles, en uso de las facultades que me concede el Derecho (c. 1230), por las presentes erijo dicho templo de **San Benito de Allariz** como

SANTUARIO DIOCESANO DE SAN BENITO DE ALLARIZ

Los responsables y beneficiados con esta gracia tendrán presente que *en los santuarios se debe proporcionar abundantemente a los fieles los medios de salvación, predicando con diligencia la Palabra de Dios y fomentando con esmero la vida litúrgica principalmente mediante la celebración de la Eucaristía y de la Penitencia y practicando también otras formas de piedad popular* (c. 1234§1).

Además, con la frecuencia que aconseje la piedad y el provecho espiritual de los fieles, de acuerdo a las normas litúrgicas, podrá celebrarse la **Misa votiva de San Benito, Abad, Patrono de Europa**.

El Santuario queda encomendado al cuidado pastoral de los sacerdotes de la UaP de Allariz y el rector será el sacerdote moderador de la misma. La erección del Santuario tendrá lugar el próximo día 21 de marzo del presente año.

Notifíquese y publíquese.

Dado en la ciudad de Ourense, a 15 de enero de dos mil veintidós. Memoria litúrgica de los santos Mauro y Plácido, discípulos de san Benito.



Leonardo Lemos Montanet

Obispo de Ourense

Por mandato de Su Excia. Rvdma.

Manuel Emilio Rodríguez Álvarez

Manuel Emilio Rodríguez Álvarez

ANCILLER- SECRETARIO

Nombramientos



LEONARDO LEMOS MONTANET
BISPO DE OURENSE

Reg. Nº. 56/2023

**NOS EL DOCTOR DON JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE OURENSE.**

A fin de que estén atendidos los servicios espirituales y pastorales de las parroquias de *San Salvador de Sande* y *Santa María de Vilar de Vacas*, en el Arciprestazgo de Ribadavia, por el presente tenemos a bien nombrar, **ADMINISTRADOR**, de dichas parroquias al **Rvdo. D. JORGE EUGENIO ESTÉVEZ ÁLVAREZ**, con las obligaciones y derechos que establece el canon 515 y siguientes del Código de Derecho Canónico, en la confianza de que sabrá cumplir fielmente su labor al servicio de los fieles católicos de dichas parroquias

Dado en Ourense, a uno de febrero de dos mil veintitrés.



J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Por mandato de Su Excia. Rvdma.

Manuel Emilio Rodríguez Álvarez
Manuel Emilio Rodríguez Álvarez
Canciller-Secretario



LEONARDO LEMOS MONTANET
BISPO DE OURENSE


Reg. N.º 95/2023

**NOS EL DOCTOR DON JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE OURENSE.**

A fin de que estén atendidos los servicios espirituales y pastorales de las parroquias de *Santiago de Corneda* y *San Esteban de Cangués*, en el Arciprestazgo de Carballiño, por el presente tenemos a bien nombrar, **ADMINISTRADOR**, de dichas parroquias al **Rvdo. D. FRANCISCO MANUEL DE MARTÍN LÓPEZ**, con las obligaciones y derechos que establece el canon 515 y siguientes del Código de Derecho Canónico, en la confianza de que sabrá cumplir fielmente su labor al servicio de los fieles católicos de dichas parroquias

Dado en Ourense, a catorce de febrero de dos mil veintitrés.




* J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Por mandato de Su Excia. Rvdma.

Manuel Emilio Rodríguez Álvarez
Canciller-Secretario



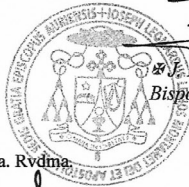
LEONARDO LEMOS MONTANET
BISPO DE OURENSE


Reg. N.º 96/2023

**NOS EL DOCTOR DON JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE OURENSE.**

A fin de que estén atendidos los servicios espirituales y pastorales de las parroquias de *San Lorenzo de Siabal*, *San Cibrao de Paderne* y *San Xés de Siabal*, en el Arciprestazgo de Os Milagres, por el presente tenemos a bien nombrar, **ADMINISTRADOR**, de dichas parroquias al **Rvdo. D. JACOBO CURTO POLO**, con las obligaciones y derechos que establece el canon 515 y siguientes del Código de Derecho Canónico, en la confianza de que sabrá cumplir fielmente su labor al servicio de los fieles católicos de dichas parroquias

Dado en Ourense, a catorce de febrero de dos mil veintitrés.




+ Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Por mandato de Su Excia. Rvdma.


Manuel Emilio Rodríguez Álvarez
Canciller-Secretario



LEONARDO LEMOS MONTANET
BISPO DE OURENSE

Prot. S. Nº: 137/2023

**NOS, EL DOCTOR DON JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE OURENSE**

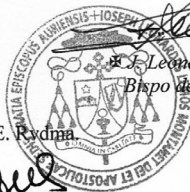
Habiéndome presentado el Rvdo. D. Senén Rodríguez Vila, la renuncia por motivos de edad a las parroquias San Xiao de Astureses y San Pedro de Xurenzás, de conformidad con lo que establece el canon 151 del Código de Derecho Canónico, deseo proceder al nombramiento de Párroco para las mencionadas parroquias.

Teniendo en cuenta las condiciones que señalan los cc. 521 y 524, la Instrucción de la Congregación para el Clero *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia, en el nº 70*, y las *normas para el nombramiento de párrocos* vigentes en nuestra Diócesis (B. O. mayo-junio de 2000), nombro **PÁRROCO de San Xiao de Astureses y San Pedro de Xurenzás, al Rvdo. D. NÉSTOR ÁLVAREZ RODRÍGUEZ**, con las facultades ordinarias para el desempeño de su misión.

De acuerdo con el c. 527,2 **se le dispensa de la ceremonia de toma de posesión;** pero deberá observar lo demás que prescriben las *normas para el nombramiento de párrocos*, n. 6, y hacer la profesión de fe según el c.833, 6º

Esperamos confiadamente que el nombrado cumpla con toda fidelidad las obligaciones que le son propias y que se determinan en los cc. 528 y siguientes y en la normativa diocesana; para gloria de Dios y bien de los fieles que se confían a su celo pastoral.

Dado en la ciudad Ourense, a veinte de febrero de dos mil veintitrés



J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Por mandato de S.E. Rvdma.
M. Emilio Rodríguez Álvarez
M. Emilio Rodríguez Álvarez
Canciller/Secretario

Cartas Pastorales

Carta pastoral sobre la Cuaresma de 2023 Ascesis cuaresmal y experiencia sinodal

Mis queridos hermanos y hermanas:

Al comienzo de este tiempo cuaresmal, quisiera dirigirme a todos los hijos e hijas de esta Iglesia, que peregrina por las tierras ourensanas, para ofrecerlos unos puntos de reflexión que puedan orientaros durante estos cuarenta días que nos preparan a la Pascua. La Cuaresma es un don de Dios que se nos concede en la Iglesia y no tiene sentido en sí misma: sólo a la luz Pascual se descubre toda su perspectiva ascética; es decir, todos los ejercicios espirituales y físicos propios de la Cuaresma adquieren un gran significado cuando se les contempla y realizan en el horizonte pascual; esto es, encuentran su significado último a través de la experiencia de Cristo, el Crucificado-Resucitado.

Este año, el sentido de nuestra “ascesis cuaresmal” —siguiendo el consejo del papa Francisco— debemos contemplarlo bajo el prisma de la “experiencia sinodal”, tanto diocesana como universal. Posiblemente, esta vinculación entre estas dos experiencias a algunos les resultará oportunista, o quizás demasiado reiterativa, pero os aseguro que no lo es.

Si toda ascesis supone “lucha”, “esfuerzo”, “trabajo espiritual”, toda esta dinámica, como hijos de la Iglesia, estamos llamados a vivirla juntos, unidos; no nos olvidemos de uno de los motivos de nuestro Sínodo Diocesano “caminar juntos”, que es tanto como decir, “caminar sinodalmente”, como nos recuerda Francisco. Este caminar juntos, ayudados por la gracia del Señor, debemos intensificarlo durante toda nuestra vida pero, de manera especial, estamos llamados por la Iglesia a vivir con mayor intensidad esta experiencia durante la Cuaresma; de ahí que el Papa nos invite, en su “mensaje de este año”, a realizar este camino siguiendo un proceso similar al de una “subida a un monte”, con las dificultades físicas, psíquicas y espirituales que esto supone, y, sobre todo, nos debemos plantear esta ascensión como una subida especial al monte de la Transfiguración (Mt 17,1).

Sabemos, por experiencia propia, que toda subida entraña sus dificultades. También podemos decir que todo proceso sinodal es siempre un camino difícil, escarpado, con muchos accidentes, y es muy fácil que podamos caer en el desaliento y sucumbir a la tentación de “tirar la toalla”, y mirar atrás o seguir instalados en nuestras ocupaciones cotidianas y rutinarias, en las inercias pastorales “porque siempre se hicieron así”. Sin embargo, así como la atractiva belleza de la Pascua nos sorprende con su luminoso dinamismo, de igual modo, el camino sinodal, arraigado en la tradición de la Iglesia,

siempre está abierto a la novedad –si no tenemos cristalizados el corazón y el espíritu– y nos invita a dejarnos fascinar por la búsqueda de nuevos caminos pastorales, evitando caer en las prácticas de siempre, que nos encierran en nosotros mismos y nos clausuran en las fronteras del “propio yo”, cayendo en el desaliento, la crítica, el fracaso, el resentimiento y, lo que es peor, la infecundidad apostólica.

El camino sinodal que hemos emprendido en 2016, en el que nos encontramos inmersos, al igual que el camino cuaresmal nos llevan a buscar la transfiguración personal y comunitaria. Es este el proceso que inquiere nuestra identificación con el Cristo vivo.

Una vez que emprendemos este camino ascético, nos damos cuenta de que es el mismo Señor el que nos dice: ¡*escuchadle!* (Mt. 17,5). La Cuaresma es un tiempo de gracia, que nos concede la Madre Iglesia, para que podamos escuchar a Aquel que nos habla a través de esa Palabra que se nos acerca por medio de la liturgia cotidiana, o bien, por la “lectio divina” que podemos realizar en el silencio de nuestra habitación (cfr. Mt 6,6). Os recomiendo, encarecidamente, que en nuestros hogares, a veces tan ruidosos a causa de la presencia “omnipresente” de la Tv y de los otros elementos de la telemática, reservemos para nosotros un pequeño lugar en donde, creando una atmósfera apropiada de silencio, aparcando el móvil, apagando el PC, y en ese clima, mediante la lectura de las Escrituras, sobre todo del Evangelio, nos pongamos a la escucha orante del querer de Dios.

Por otra parte, no podemos olvidar que existen otras maneras a través de las cuales también nos puede hablar nuestro Buen Dios. Lo hace por medio de “los otros”, aquellos que conviven en nuestro mismo hogar y, también, por medio de esos “otros rostros” que nos muestran sus heridas, dolores y necesidades, y buscan nuestra compañía y atención. Tras ellos, nos encontramos siempre con Jesús, el Dios vivo. También nos habla el Señor por medio de la Iglesia. La Cuaresma es un tiempo propicio para leer los escritos del Papa –comenzando por el Mensaje para la Cuaresma de 2023–, prestar atención a lo que nos dice el obispo a través de sus cartas y escritos, o repasar algunas páginas del Catecismo de la Iglesia.

Teniendo en cuenta estas observaciones, descubrimos el sentido más profundo del ayuno, de la abstinencia y de la limosna que nos aconseja la Iglesia durante la Cuaresma: prescindir del móvil que puede ser ya una esclavitud, apagar la música que nos impide escuchar a Dios y al hermano, dejar de lado la Tv que en muchas ocasiones embota el alma y cansa la mente. ¡Seguro que algunas de estas cosas nos cuestan más que abstenernos de cualquier comida!

Si nos ponemos a la escucha del querer de Dios, nos daremos cuenta de que nuestro espíritu adquiere, poco a poco, una mayor capacidad de apertura

a “los otros” y a sus necesidades. Ahí surge otro sentido, quizás más auténtico, de la ascesis cuaresmal que es la pobreza.

Para subir al “monte de la transfiguración espiritual” necesitamos ir ligeros de equipaje; en nuestra mochila sólo debemos llevar lo imprescindible. Durante este camino cuaresmal, se nos recuerda la praxis cristiana de la limosna y, bajo esta perspectiva, se nos invita a vivir mejor la virtud evangélica de la pobreza cristiana. A menudo, como sujetos de esta sociedad de bienestar y consumo, fascinados por un supuesto progreso, parece que nadamos en la abundancia, hasta de lo superfluo, y esto nos incapacita para descubrir las necesidades del “otro” con el que nos encontramos en el camino; damos un rodeo o pasamos de largo (cfr. Lc 10,31). Por eso es muy importante la pobreza cristiana que no sólo nos hace inmensamente libres, sino que evita que estemos atados a las cosas y no nos preocupemos del “Señor de las cosas”.

La pobreza nos hace disponibles para apuntarnos al voluntariado en Cáritas o en otros servicios de la Iglesia (parroquias, seminarios, Diócesis), tantas veces con dificultades a la hora de poder responder a las solicitudes y reclamaciones que llegan hasta nosotros. La pobreza nos abre al querer de Dios porque, cuando vivimos un auténtico desprendimiento, Dios nos llena con sus gracias y nos hace fecundos apostólicamente.

Este camino cuaresmal, así vivido, tiene como objetivo primordial: prepararnos para vivir la pasión, la cruz y la luz, y vivirlas con fe, esperanza y amor para llegar así a la gloria de la resurrección. De igual modo, el camino sinodal, nos quiere ayudar a no caer en la vana ilusión de pensar que ya hemos llegado a lo que nos habíamos propuesto; sin embargo, no es así, sino que este itinerario que hemos iniciado y experimentado quiere hacer de cada uno de nosotros “artesanos de sinodalidad” en medio de las ocupaciones cotidianas, contando siempre con los otros, y en el seno de nuestras comunidades cristianas, ya sean parroquiales o diocesanas.

Vivamos cada uno de los cuarenta días que tenemos por delante como si fuesen únicos, sabiendo que en cada momento estamos comenzando a ser discípulos de Jesucristo, porque ser cristiano es un estilo de vida en el que cada día estamos recomenzando, pero desde la perspectiva de la fe; la vida cristiana jamás es acumulativa, como si fuese una “cuenta corriente bancaria”, sino que tiene progresos, pero también regresos y estancamientos, tropiezos y caídas; sin embargo, no podemos perder de vista que, si luchamos por ser fieles al querer de Dios, el que asciende no cesa nunca de ir de comienzo en comienzo, mediante esas pequeñas afirmaciones de nuestra inteligencia y de la voluntad, de tal modo que esos comienzos no tienen fin. No nos olvidemos de que la Cuaresma no tiene sentido en sí misma, sino que es la Pascua la que le da sentido y plenitud, pero cada Pascua significa un nuevo comienzo a lo largo de nuestra vida.

Ruego al Señor, a su Santa Madre y a San Rosendo, que nos ayuden en este camino de ascesis cuaresmal, para que nos preparemos con gozo a revivir el misterio de la Pascua, y en este proceso seremos ayudados por esa existencia sinodal que debe impregnar toda la vida de un creyente en el seno de la Iglesia Madre.

En la ciudad de Ourense, a 18 de febrero de 2023

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Homilías

Homilía en la Misa funeral por el papa emérito Benedicto XVI

Catedral-Basilica de san Martín. Ourense, 7 de enero de 2023

1 Jn 5, 14-21

Jn 1, 35-42

Mis queridos hermanos sacerdotes.

Saludo con afecto agradecido a las Excmas. e Illmas. autoridades que nos acompañan.

A los miembros de la Vida Consagrada, de las Sociedades de Vida Apostólica y de los Institutos Seculares.

Al Camino, a los Movimientos y Asociaciones apostólicas, y también del ámbito civil.

Queridos seminaristas que participáis y ayudáis en esta celebración.

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

“Sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado inteligencia para que conozcamos al Verdadero. Nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la vida eterna”

No he querido buscar ninguna lectura de la Palabra de Dios entre las ofrecidas para la liturgia de exequias; me he dejado llevar de los textos que nos ofrece el Leccionario para estos días entre el 2 y el 7 de enero y que nos acompañaron en nuestra meditación personal. Además, todavía nos encontramos dentro de este tiempo de Navidad.

Ante nuestros ojos, la liturgia de la Iglesia nos ha ofrecido y manifestado, todavía ayer, en la Solemnidad de Epifanía, a todo un Dios que se nos muestra bajo la realidad corporal de un recién nacido. Dios se ha hecho presente en la historia de la humanidad, el eterno ha entrado en el tiempo, para que a cada uno de los hombres y mujeres de todos los tiempos se nos abrieran las puertas de la eternidad.

Hoy, en la primera lectura que se nos ha proclamado, precisamente para este día 7 de enero, nos encontramos con este pensamiento que quisiera que nos sirviera como luz y orientación de la homilía: *Nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la vida eterna.*

La liturgia exequial de la Iglesia nos pide que evitemos palabras de elogio sobre el difunto o que hagamos un panegírico, que en el caso que hoy nos convoca sería bien fácil, ya que es mucho lo que se ha escrito y se ha dicho a lo largo de estos días sobre el papa emérito difunto. Sin embargo, nos centraremos en la Palabra de Dios que sería lo que el papa Benedicto desearía que hiciésemos en estos momentos.

Repito, una vez más, lo que acaban de proclamarnos: *Nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la vida eterna.* Este mensaje tan revolucionario que cautivó el alma, la inteligencia y la vida de Benedicto XVI, ha hecho que entre los muchos servicios que este papa ha prestado a la fe de la Iglesia, durante el ejercicio del ministerio petrino, haya sido el *testimoniarnos que Cristo es nuestro contemporáneo*, que está en el hoy de la historia y no encerrado en libros cubiertos con el polvo del recuerdo desde hace dos mil años. Las palabras, los escritos y los gestos de Benedicto XVI, presentados con amabilidad y con una cierta ternura, nos han obligado a corregir nuestros esquemas mentales. Al sentirnos interpelados por ellos hemos tenido que arriesgarnos a dar una respuesta personal.

Si nos fijamos bien, él ha pretendido con su predicación y sus escritos que reviviésemos aquello mismo que les sucedía a los que se encontraban con Jesús, o los que se encontraron después con los apóstoles, o los que se encontraron con la predicación de san Pablo o ante los grandes testigos de la tradición cristiana: todos estos encuentros tan diferentes, y al mismo tiempo entendidos bajo un mismo común denominador, nos obligan a cambiar nuestros esquemas mundanos y a preguntarnos: ¿quién es ese Dios que es tan real y tan poderoso como para sostener el gesto histórico de la renuncia del papa Benedicto y acompañar su vida entera hasta el final? ¿Quién es ese Dios que en el Evangelio que se nos ha proclamado hoy, y que hemos leído el pasado día 4 de enero en la liturgia cotidiana, generó una fascinación tan grande en aquellos *ignorantes jóvenes pescadores* que les llevó a dejar las redes y a marchar tras Jesús arriesgando su futuro incierto? Ese personaje es el mismo que se presenta ante todos nosotros, hombres y mujeres de ayer y de hoy, y de todos los tiempos, es Jesús con nosotros, nuestro contemporáneo –diría el papa emérito Benedicto–, de tal modo que va a ser el mismo Jesucristo que se vuelve hoy y siempre, en todo momento, hacia nosotros y nos dice: *¿Qué buscáis?* Ellos contestaron: *Maestro, ¿dónde vives?* Él les dijo: *Venid y veréis* (Jn 1, 35-36).

Esta es la experiencia a la que os invito con ocasión de esta liturgia de acción de gracias por la vida, la obra, el ministerio y el tránsito a la eternidad de aquel que ha sido papa emérito durante estos últimos diez años, y a ahora ya ha pasado a la historia, simplemente, como el papa Benedicto XVI. Creo que no es temerario que, con ocasión de este encuentro eucarístico, podamos reflexionar sobre el sentido de lo que estamos diciendo y haciendo. De hecho, dentro de unos momentos, en el desarrollo de esta liturgia cuando el sacerdote nos invite a adorar el Sacramento de nuestra fe, toda esta Asamblea prorrumpirá en una expresiva exclamación: *Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús.*

Recordemos, una vez más, yo el primero, lo que nos ha proclamado la primera lectura: *Nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la vida eterna.* Estos dos pensamientos confluyen en la certeza de que Cristo, y sólo Él, es la vida eterna. En virtud de su encarnación, es la eternidad en el tiempo. En Él está la clave de nuestra vida y el fundamento de nuestra eternidad.

Pero, el hombre y la mujer de nuestros días, ¿esperan aún esta vida eterna, o consideran que pertenece a una cierta mitología ya superada de la que sólo hablan algunos católicos? Nos damos cuenta de que en la actualidad, en esta sociedad moderna y de progreso, en la que tenemos de todo y, aparentemente, no carecemos de nada, parece que todos estamos tan absorbidos por las cosas terrenas, que a veces nos resulta difícil pensar –también a nosotros los creyentes– en un Dios cercano que es protagonista de la historia y también de nuestra propia existencia.

Sin embargo, en la existencia humana, en su propia naturaleza finita, descubrimos una tendencia hacia algo más, algo distinto y pleno, algo más grande que la trasciende. Nadie puede negar que, ante el enigma de la muerte, muchas personas sienten un deseo ardiente y una esperanza de volver a encontrarse con sus seres queridos en un más allá. Es bien cierto que entre nosotros se están expandiendo formas de conducta que dejan entrever que esta esperanza es una frágil realidad que se diluye como las cenizas de los seres queridos que algunos arrojan en el mar, en los ríos, o esparcen por el jardín de su casa o en medio de la naturaleza; porque, dicen y piensan, ¡no hay nada más! Basta contemplar este gesto cargado de romanticismo y de un cierto cariño lleno de nostalgia, similar a la de aquellos que guardan las cenizas de los suyos en el lugar más noble de su hogar, para entrever que, en muchas de esas costumbres, sin pretenderlo, se ha diluido la fe en la resurrección, en la vida nueva, en la eternidad.

De ahí que sea bueno recordar la doctrina tan positiva y hermosa que la madre Iglesia nos enseña acerca de la “vida eterna”. No sólo nos indica que es una vida que dura para siempre, sino más bien una nueva calidad de existencia, plenamente inmersa en el amor de Dios, que libra del mal y de la muerte, y nos pone en comunión sin fin con todos los hermanos y hermanas que nos han precedido en el signo de la fe y participan del mismo Amor. Por eso, se nos recuerda que esa eternidad ya puede estar presente en el centro de la vida terrena y temporal cuando cada uno de nosotros, mediante nuestra apertura al dinamismo de la gracia, estamos unidos al Dios con nosotros, al Crucificado-Resucitado que es el fundamento único y último de nuestra existencia y de nuestra eternidad.

Sin embargo, nos encontramos con algunos contemporáneos que rechazan la fe en esta nueva forma de existir, simplemente, porque la vida eterna no les

parece algo deseable. En modo alguno quieren la vida eterna, sino la presente y, para esto, la fe en nuestra existencia eterna les parece más bien un obstáculo. Seguir viviendo para siempre –sin fin– les parece más una condena que un regalo, un don. De esta experiencia sois testigos cualificados vosotros, mis hermanos sacerdotes. Cuantos de los nuestros, bautizados en la fe cristiana, una fe que cuando es pedida a la Iglesia se nos recuerda que nos da la vida eterna, a la hora de enfrentarse con el morir de uno de sus seres queridos les entran las prisas por concluir cuanto antes, solicitando la oración de la Iglesia como un simple rito o un puro trámite que hay que pasar cuanto antes, para proseguir viviendo en la intemperie de la superficialidad y de la finitud frustrante de la misma existencia vivida sin esperanza.

El papa Benedicto nos ha obsequiado con luminosos pensamientos para fortalecer nuestra fe en la vida eterna, y los que fueron testigos de sus últimos momentos pueden dar fe de que él mismo vivía lo que decía. Y en esta esperanza pasó a la Casa del Padre. Por eso es bueno repetir, una vez más, el texto de la carta de san Juan: *Nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la vida eterna.* He ahí lo importante: estar en y vivir en Dios, el Verdadero!

Sí, hermanas y hermanos míos, nuestra fe en la resurrección de la carne, nuestra esperanza en la vida eterna se apoya en la certeza de *Aquel que es el Dios verdadero*. En Nuestro Señor Jesucristo: camino, verdad y vida. Nuestra eternidad se entiende desde el momento en que el Eterno se hizo carne en el tiempo, en la historia de la humanidad, para abrirnos la puerta de esa nueva dimensión que *ni el ojo vio, ni el oído oyó lo que Dios tiene preparado para los que le aman.*

La Vida eterna –nos dice Benedicto XVI–, *la inmortalidad beatífica, no la tenemos por nosotros mismos ni en nosotros mismos, sino por una relación, mediante la comunión existencial con Aquel que es la Verdad y el Amor y, por tanto, es eterno, es Dios mismo. La mera indestructibilidad del alma, por sí sola, no podría dar un sentido a una vida eterna, no podría hacerla una vida verdadera. La vida nos llega del ser amado por Aquel que es la Vida; nos viene del vivir con Él y del amar con Él.* Es más, podemos decir, que en la medida en que nos dejamos amar por Dios, crece en nosotros la inmersión apasionada en el presente de nuestra historia y la certeza de esos cielos nuevos y de esa tierra nueva.

Por eso, los primeros cristianos celebraban la muerte de los suyos como si fuera su verdadero “*dies natalis*”. Su fe en Cristo era tan fuerte que transformaba su existencia y les daba la fortaleza necesaria para todo y en todo, también *en y para* el martirio. Estaban convencidos de que en Cristo estaba la verdadera vida, habían escuchado el Evangelio –Cristo vivo– en donde el

mismo Jesús se les manifestaba como Aquel que era la *resurrección y la vida, por eso aquel que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás*. Por eso, los cristianos al encontrarnos con Jesús entramos en contacto y en comunión con la vida misma y, en esperanza, ya hemos cruzado el umbral de la muerte, porque estamos en contacto, más allá de la vida biológica, con la vida eterna, la vida verdadera.

Por eso, el papa Benedicto a través de sus escritos ha insistido tanto en la verdad central de nuestra fe: Jesucristo. Ha sido el mismo papa Francisco quien, en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), ha dado un eco especial a un pensamiento que Benedicto XVI había escrito años antes, en su primera encíclica, *Deus caritas est* (2006): *No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*. Y el papa Francisco añade: *Sólo gracias a ese encuentro –o reencuentro– con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad* (EG 8).

De ahí que las últimas palabras del papa emérito Benedicto hayan sido: *Jesús te amo*. Una afirmación que brota de un corazón vivo en los últimos momentos de su peregrinación por este mundo que pasa, pero una afirmación hecha en presente. No ha dicho: te he amado, ni mucho menos, te amaré; sino *¡Jesús te amo!*

Os invito a que volvamos la mirada a la Madre de Dios y Madre nuestra, Esperanza nuestra, venerada en esta catedral de san Martiño, como la Madre de Consuelo, tal como aparece su imagen, precisamente en Pórtico del Paraíso; que Ella nos ayude a acercarnos cada vez con más amor, a pesar de nuestras debilidades y miserias, al Cuerpo y Sangre de Cristo, adhiriéndonos así al misterio redentor de Cristo por toda la Iglesia. Mirándola a Ella aprenderemos a recibir el don que Jesucristo hace de sí mismos en la Eucaristía sabiendo que está ahí la clave y el alimento de la vida eterna.

Y con las mismas palabras pronunciadas por el papa Francisco, en la Misa exequial por el papa emérito, quisiéramos concluir esta reflexión: *Con las mujeres del Evangelio en el sepulcro, estamos aquí con el perfume de la gratitud y el unguento de la esperanza para demostrarle, una vez más, ese amor que no se pierde; queremos hacerlo con la misma unción, sabiduría, delicadeza y entrega que él supo esparcir a lo largo de los años. Queremos decir juntos: “Padre, en tus manos encomendamos su espíritu”*.

Benedicto, fiel amigo del Esposo, que tu gozo sea perfecto al oír definitivamente y para siempre su voz.

Que así sea.

Santa Mariña de Aguasantas

4 de marzo de 2023

Saúdo á Sra. Alcaldesa da antiquísima e fermosa Vila de Allariz.

Sr. Presidente do Parlamento de Galicia.

Sr. Vicepresidente da Diputación Provincial.

Sr. Delegado da Xunta de Galicia en Ourense.

Ilmas. autoridades aquí presentes.

Señoras e señores.

Benqueridos amigos todos:

Permitídemme que en primeiro lugar saúde co corazón agradecido a D. Eduardo, párroco desta comunidade cristiá que vive a súa fe neste lugar e ós fregreses e amigos de Santa Mariña de Aguasantas polo seu traballo en prol da recuperación da memoria histórica e da devoción á mártir Santa Mariña. Gracias pola vosa ilusión, o voso traballo desinteresado e pola vosa devoción sincera a esta muller que foi testemuña do Evanxeo de Xesus-Cristo. Gracias.

Hoy en día se habla mucho de recuperar la “memoria histórica” o de la “memoria democrática”; es normal que así sea porque el hombre y la mujer de hoy, y de siempre, como seres inteligentes que somos, nos hacemos preguntas, muchas preguntas sobre todo y, de manera especial, sobre nuestra vida, nuestro entorno y sobre nuestra pequeña o grande historia. En este sentido quisiera felicitar el proyecto en el que se han embarcado los hombres y mujeres que han nacido o viven en este entorno fascinante, quizás uno de los más interesantes complejos histórico-artísticos, devocionales y arqueológicos. Hablar de **Santa Mariña de Aguasantas** nos conduce a un interrogante que ha sido planteado por muchos estudiosos y especialistas en los últimos años: ¿dónde podemos buscar y cómo podemos conocer las raíces de la cristianización en Ourense? ¿dónde están los orígenes de la Iglesia ourensana?

Preguntas que nos abren a un sinfín de posibilidades y, entre ellas, se encuentra este complejo arqueológico-histórico y devocional que configuró durante siglos el culto a una joven mártir de nombre Mariña. Nombre de una mártir que, a lo largo del tiempo se expande no sólo por la geografía de esta Diócesis, sino por toda Galicia y nos consta que también por la vecina Portugal; no podemos olvidar cómo el rey Fernando III, al conquistar Sevilla, dedicará un magnífico templo a Santa Mariña.

Quisiera renovar mi felicitación a D. Eduardo, responsable de esta antiquísima Comunidad parroquial y de otras feligresías que atiende en este entorno, a sus colaboradores y amigos de Santa Mariña de Aguasantas por la iniciativa que han tenido. Sé muy bien que desde hace años están aumentando

los estudios sobre esta realidad que nos acoge. A vosotros, mis queridos amigos, amigos de Aguasantas, quisiera comunicaros aquellas mismas palabras que Teodoreto de Ciro (393-466), en el prólogo de su *Historia Eclesiástica*, afirma:

“Los pintores cuando pintan sobre las tablas o sobre las paredes la historia pasada, no sólo alegran los ojos del que mira, sino que además conservan viva por largo tiempo la memoria de los acontecimientos pasados. A su vez, los historiadores, que usan libros en lugar de tablas y discursos en vez de colores, ofrecen un recuerdo más duradero y estable de los grandes hechos pasados. Por este motivo, he decidido recoger por escrito lo que todavía falta de la historia de esta comunidad (eclesiástica). Me parece injusto permanecer indiferente ante el hecho de que la gloria de los acontecimientos ilustres y de los relatos edificantes caiga en el olvido”[1].

Si aquel intelectual, obispo sirio de la primera mitad del siglo V, hablaba de pinturas y de escritos, aquí quisiéramos aplicar las mismas palabras, pero referidas en este caso a las piedras. Sí, las piedras del conjunto arqueológico de Aguasantas encierran en sí “la memoria de los acontecimientos pasados”. Vosotros, mis queridos amigos de Aguasantas queréis salvar el concepto de memoria, impidiendo que ésta se diluya haciendo desaparecer la lección de la historia. Vivir con memoria histórica es un ejercicio saludable para combatir el olvido y alimentar el futuro. No podemos olvidar que una pérdida de memoria implica una pérdida de identidad colectiva e individual, social y también religiosa.

Conocer el pasado, las raíces de los que sois hijos de esta parroquia y de su entorno, lo mismo que los orígenes de la Iglesia en Ourense, de la que formáis parte, es un intento para comprendernos mejor frente a los prejuicios, que en ocasiones son patrimonio del subconsciente colectivo. Se hace evidente que sería una peligrosa regresión no querer acercarnos a quienes nos han precedido en el tiempo, apoyados en el falso presupuesto de que el presente nada tiene que esperar de lo ya sucedido. Somos el fruto de nuestro pasado y no podemos olvidarlo; si lo hiciésemos correríamos el riesgo de perder el auténtico sentido de hombre y de la mujer de esta tierra, y también de su ser cristiano, porque no podemos olvidar que Santa Mariña es una joven cristiana que llega hasta nosotros gracias a la fidelidad con la que vuestros antepasados nos han transmitido la memoria de un pasado revivido en su presente que se convierte en garantía de futuro de todos los que vivís en este entorno y también de nuestras ancestrales raíces cristianas.

En el código genético de toda persona y de todo pueblo hay toda una serie de referentes culturales y religiosos, de maneras de vivir la libertad y modos de convivencia que sólo se pueden remover en apariencia, pero nunca de

una manera total y definitiva. Fijémonos que nunca como en este momento histórico ha surgido una conciencia universal de búsqueda de las propias raíces, con el fin de encontrar aquellos datos que definen el ser personal y colectivo de un pueblo o de un grupo humano.

La historia de Santa Mariña de Aguasantas nos lleva a plantearnos el problema sobre “los orígenes de la cristianización en estas tierras, que es algo común a toda la península Ibérica. Son muchos los enigmas que es necesario descifrar para llegar a saber en qué condiciones fue penetrando la *notitia* del cristianismo y en qué momento y con qué apoyos se fue estableciendo en Hispania y en la antigua *Gallaecia* hasta el punto de poder hablar de un arraigamiento de la vida cristiana en la sociedad y del tiempo en que ésta pueda ser definida como cristiana”[1]. Esta cuestión está agravada por la escasez y la limitación de las fuentes disponibles, algo habitual en cuestiones tan antiguas e insuficientemente documentadas, lo cual debe prevenirnos sobre generalizaciones demasiado simplistas y debemos esforzarnos por no caer en una excesiva imaginación[2].

No quisiera aburrirlos ni cansarlos con especulaciones histórico-críticas sobre la realidad que nos ha convocado hoy aquí; son otros los que están llamados para ilustrarnos. Desde mi época de estudiante en el Pontificio Instituto de Arqueología Sagrada de Roma, en donde me inicié en estas cuestiones que, poco después, he debido dejar porque otras ocupaciones han requerido todo mi tiempo y atención, he sido consciente de la importancia la importancia que tienen las piedras, que tienen rostro, que se convierten en documentos que nos hablan; sin embargo, el problema de los orígenes del cristianismo en nuestra tierra, la antigüedad de sus monumentos religiosos, así como el origen del culto a Santa Mariña y a Santa Eufemia y el fenómeno jacobeo, a cuyo estudio, en su día, le he dedicado mucho tiempo, han sido un reclamo intelectual para mí, porque buscar los orígenes y las raíces de nuestra historia y costumbres ha sido y sigue siendo una pasión dominante a la cual, quizás, cuando me llegue la jubilación, podré dedicar el tiempo que se requiere y merece.

No quisiera abusar de vuestra paciencia y, por ello, como conclusión a esta que pudiéramos llamar “la memoria de una herencia cristiana”, quisiera citar a san Juan Pablo II en su Exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*, fruto de la II Asamblea Especial para Europa del Sínodo de los Obispos de octubre de 1999, quien nos recordaba lo siguiente:

“Entre los muchos aspectos indicados con ocasión del Sínodo, quisiera recordar la *pérdida de la memoria y de la herencia cristianas*, unida a una especie de agnosticismo práctico y de indiferencia religiosa, por lo cual muchos europeos dan la impresión de vivir sin base espiritual y como herederos que

han despilfarrado el patrimonio recibido a lo largo de la historia. Por eso no han de sorprender demasiado los intentos de dar a Europa una identidad que excluye su herencia religiosa y, en particular, su arraigada alma cristiana, fundando los derechos de los pueblos que la conforman sin injertarlos en el tronco vivificado por la savia del cristianismo” (7).

Estas palabras tan actuales vuelven a poner delante de cada uno de nosotros las siguientes preguntas: ¿corremos el riesgo de perder el genuino sentido de la presencia de la memoria de una mártir del cristianismo en este lugar? ¿hemos perdido la memoria histórica y vivencial de las raíces cristianas de nuestra tierra ourensana? ¿se está reduciendo la presencia creyente por no cuidar el testimonio histórico y silencioso de los espacios religiosos en los que hemos nacido y vivimos –como es Aguasantas– sabiendo que en ellos se encuentran signos de los orígenes de la fe cristiana en la antigua *Gallaecia*? Una fe que constituye el *humus*, es decir, el sustrato sobre el que se asientan nuestra historia personal y comunitaria, nuestras costumbres, fiestas y tradiciones.

Sería ingenuo negar la amplia y profunda impregnación que el cristianismo ha dejado en Europa, en España, en Galicia y en Ourense, y que se puede constatar por el testimonio histórico-artístico y arqueológico del lugar en el que nos encontramos. Sobre la base de la herencia clásica, y enriquecido por las aportaciones de los pueblos y culturas que se han sucedido con el paso de los siglos, el cristianismo representa un elemento configurador central. La fe cristiana ha empapado, entre luces y sombras, las vicisitudes de nuestra historia y ha determinado tantas maneras del ser de nuestro pueblo ourensano.

El mismo Juan Pablo II nos recuerda cómo “la fisonomía espiritual de Europa se ha ido formando gracias a los esfuerzos de grandes misioneros y al testimonio de santos y mártires, a la labor asidua de monjes, religiosos y pastores. De la concepción bíblica del hombre, Europa ha tomado lo mejor de su cultura humanista, ha encontrado inspiración para sus creaciones intelectuales y artísticas, ha elaborado normas de derecho y, sobre todo, ha promovido la dignidad de la persona, fuente de derechos inalienables” (*Ecclesia in Europa* 25).

Esos hombres y mujeres cristianos también han tenido nombre y protagonismo en la historia ourensana, la mayoría de forma anónima, otros de forma más notoria. Por ello deberíamos sentir la responsabilidad de no perder este patrimonio humano y espiritual. No hay duda de que la cristianización en Galicia, en Ourense, en Aguasantas ha marcado los senderos de nuestro pueblo. Y nosotros no podemos olvidar lo que otros nos han ido legando tan generosamente a través de los siglos: la admirable, sencilla y genial síntesis que aconteció en el cristianismo antiguo entre razón griega (*logos*), derecho romano (*ius*) y amor genuinamente cristiano (*ágape*), vivido hasta el

heroísmo, como lo hizo la mártir Santa Mariña y que tuvo lugar en las tierras de la *Gallaecia* y del secular solar auriense.

Os deseo a todos los participantes en este encuentro, y a todos los que de una manera u otra vais a participar de este evento, que estas jornadas sirvan para haceros preguntas acerca de nuestra historia, porque ese es el subsuelo común, independiente de las ideologías, y gracias a él somos, nos movemos y vivimos.

Muchas gracias.

NOTAS:

- [1] Teodoreto de Ciro, *Historia Eclesiástica* I, 1, 1-2 (SCh 501, pp. 142-143). En la nota 1 de la edición crítica de *Sources Chrétiennes* (Paris 2006) sobre el texto citado, se comenta que Teodoreto se sitúa en aquella tradición clásica que compara retórica y artes plásticas, que él aplica en este caso a una obra histórica, considerando superior la estabilidad del texto sobre aquella de la pintura.
- [2] E. Romero Pose, “Sobre los orígenes del cristianismo en Aragón”, *Revista Aragonesa de Teología* 3 (1996), p. 55. Cfr., también, J. Freire Camaniel, *Gallaecia. Antigüedad, intensidad y organización de su cristianismo (siglos I-VII)* (La Coruña 2013), pp. 21-23.
- [3] Cfr. la conclusión de C. García Rodríguez, *El culto de los santos en la España romana y visigoda* (Madrid 1966), p. 103, después de valorar la insatisfacción que le produjo el estudio de las fuentes para su trabajo de investigación.

Celebración del Rito para la admisión de candidatos al Orden Sagrado

Seminario Mayor Divino Maestro, 18 de marzo de 2023

Hermanos y hermanas. Queridos amigos todos.

Permitidme que salude a los rectores de los Seminarios Diocesanos que están aquí presentes, a los Formadores de todos ellos, a los profesores.

De manera singular agradezco la presencia de los padres, familiares y amigos de los tres candidatos a las Sagradas Órdenes.

Mis queridos seminaristas, seminaristas-alumnos del Seminario-Colegio “A Inmaculada”:

Dentro de la Campaña del Seminario que celebramos en torno a la solemnidad de San José, y llegando casi al ecuador de nuestro camino cuaresmal, nos hemos reunido en este lugar tan entrañable para muchos de nosotros, que es la capilla del Seminario Mayor Divino Maestro, para celebrar la Eucaristía del sábado de la Tercera Semana de Cuaresma, en la que estos tres seminaristas van a recibir el Rito de Admisión a las Órdenes Sagrada. ¡Es una bendición de Dios! Una bendición que debemos acompañar con mayor intensidad arropándolos con nuestra oración y cercanía.

Con las palabras de la profecía de Oseas, que se nos acaban de proclamar, hemos sido invitados a *volver al Señor*. Porque el profeta nos dice: *Vamos, volvamos al Señor (...) Procuremos conocer al Señor* (Os 6,1-6).

Mis queridos Jaime, Carlos y Fran: ¡No tengáis miedo! ¡Llenaos de esperanza y de alegría! Porque el Señor, a pesar de nuestras fragilidades y pobreza nos invita a que volvamos a Él, siempre; incluso cuando nos sintamos indignos y que nos faltan fuerzas para responder con prontitud a la llamada del Señor. ¡Ánimo, no tengáis miedo! Os aconsejo que no busquéis la fuerza en vuestro entorno, en el ambiente, en el aplauso de la gente, incluso de los que dicen quereros; no os olvidéis de aquello que nos dice Jesús en el Evangelio de san Mateo: *El hermano entregará el hermano a la muerte, el padre al hijo; se rebelarán los hijos contra sus padres y los matarán* (Mt 10,22). Y más adelante nos dice: *el que persevere hasta el fin, se salvará*.

Mis queridos seminaristas, vosotros y yo hemos recibido el regalo de la fe por medio del sacramento del Bautismo, este acontecimiento de salvación que ha dado comienzo a esta historia del amor de Dios para con nosotros nos ha traído hasta aquí. Vosotros hoy queréis vivir con ilusión este Rito que en sí es un gesto muy simple, pero que está cargado de un profundo significado; por mi parte, yo con vosotros, celebro hoy mis 45 años de ordenación diaconal. Son acontecimientos de gracia que en la Iglesia –no os olvidéis nunca– en la Iglesia, el Espíritu del Señor nos ha concedido para servir y, sirviendo con el corazón abierto, sabemos que no hay mejor señorío para un cristiano que servir.

Para realizar ese prodigio de la gracia de Dios en nosotros debemos *procurar conocer al Señor* (Os 6,1-6) y, ¿cómo lo vamos a conocer? Buscándolo, allí donde se encuentra, tratándolo como el amigo que nunca nos traicionará y siempre estará a nuestro lado, pendiente de nosotros, arrojándonos con su cariño y protegiéndonos con su gracia, que se hará efectiva a través de la Eucaristía diaria y de la frecuencia del Sacramento de la Reconciliación; no nos olvidemos que en *Él somos, nos movemos y existimos*. Pero, además de todo esto, que es muy importante, el Evangelio de este día nos ofrece, como si fuera un gran talismán –permitidme hablar así–, el talismán de la perseverancia cristiana y, de manera especial, en nuestro camino sacerdotal: se trata de la oración.

En el retiro de ayer tarde, hablábamos de ella y la definíamos como esa dinámica que consiste en *dejarnos ver por Dios*, contemplar por Dios, que siempre nos mira con ternura y misericordia. La parábola que nos presenta Lucas es muy aleccionadora y responde a esa actitud existencial que define nuestra existencia creyente. Cuando la leemos, corremos el riesgo de identificarnos con la actitud de aquel publicano que desde los umbrales del templo decía: *¡Oh, Dios!, ten compasión de este pecador*. Así nos gustaría presentarnos siempre ante el Buen Dios, pero, en muchas ocasiones, nos descubrimos delante del Señor diciéndole algo similar a lo que manifestaba aquel fariseo: *¡Oh, Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás (...) ni tampoco como ese publicano*. Atención, mis queridos hermanos, siempre corremos el riesgo de vivir nuestra vida orante como una tensión existencial de lucha entre esas dos actitudes: la del fariseo y la del publicano.

Para vencer esta enfermiza dicotomía espiritual que paulatinamente nos lleva a distanciarnos de la lucha por lograr una vida interior sana, os aconsejo aquello que hemos descubierto en el retiro de ayer tarde: **La oración como una dinámica en la que debemos dejarnos mirar, contemplar por Dios**. Dejarnos hacer. No os olvidéis de aquella máxima del obispo de Lyon: Lo propio de Dios es hacer, lo más propio de nosotros es dejarnos hacer por Dios. *Deus facit, homo fit!* (S. Ireneo de Lyon). Vosotros que todavía sois muy jóvenes, os lo ruego, dejados hacer por Dios, y para ello no os olvidéis de cuidar **vuestra oración personal**, de la **confesión frecuente**, de una **dirección espiritual honesta** –no de una charla de camaradas, en donde se habla de los otros y no de uno mismo– no sólo en el Seminario, sino de manera especial cuando estéis fuera; ese acompañamiento lo necesitamos cuando estamos enfrascados en las tareas pastorales ¡yo el primero! Si no obramos así corremos el riesgo de vender nuestra alma al activismo, que nos lleva caer en la inercia pastoral, en el desencanto, el cansancio, la frustración y, en definitiva, en la psicología del fracaso, que si no nos cuidamos y

reaccionamos a tiempo se convierte en una muerte anunciada de nuestra vida sacerdotal.

Mis queridos Jaime, Carlos y Fran: en unos momentos la Iglesia, por el ministerio de vuestro obispo, rezará sobre vosotros esta oración: *Señor, dignate conceder a estos siervos tuyos que conozcan y vivan cada día más el ministerio de tu amor. Haz que se preparen con empeño para ejercer en la Iglesia el ministerio sagrado, para que, imbuidos del espíritu de tu amor, se consagren con afán a la salvación de los hombres, para gloria de tu nombre...*

Mis queridos seminaristas, movidos por su amor y fortalecidos por la íntima actuación del Espíritu Santo, habéis tomado la decisión de manifestar públicamente vuestro deseo de entregaros, mediante el Orden Sagrado, al servicio de Dios y de los hombres y mujeres de estas tierras a los que, un día ya no muy lejano, seréis enviados por vuestro obispo. Para ser fieles a este compromiso os ruego que cultivéis con delicadeza y esmero, de auténticos enamorados de Jesucristo y de su Iglesia, los medios que antes os he recomendado y que son la clave fundamental para ser fieles y, si lucháis por ser fieles, seréis muy felices en vuestro ministerio.

Sabed que no os faltará la ayuda de la comunidad eclesial representada por el Seminario y por las parroquias en donde ya prestáis un valioso trabajo de servicio. Os ruego que cuidéis vuestro apostolado entre los jóvenes de vuestra edad y la mejor de las maneras es que os vean alegres y coherentes con vuestra vocación. Vosotros sois los principales agentes vocacionales de la Diócesis, porque sois los que más y mejor podéis estar en contacto con los jóvenes y menos jóvenes que *andan como ovejas sin pastor*.

Que la Madre del Divino Maestro os ayude hoy y siempre a crecer en ese amor a la Iglesia que os ayudará a ser felices siendo fieles al Señor hasta el final.

Cartas

Carta dirigida al Sr. Deán y Cabildo de la Catedral, a los párrocos, administradores parroquiales, capellanes y a todos los sacerdotes que celebren la Eucaristía en capillas y oratorios pertenecientes a congregaciones o instituciones eclesiales que viven en esta Iglesia particular de Ourense, les hacemos llegar que:

Es deseo del Santo Padre Francisco que el próximo sábado, 25 de marzo, en el que se puede celebrar la solemnidad de la Anunciación del Señor, se recuerde lo que hemos hecho el pasado de 25 de marzo de 2022, cuando, en comunión con todos los obispos del mundo, fueron consagradas las Iglesias y la humanidad, en particular Rusia y Ucrania, al Corazón Inmaculado de María. Este es el deseo expresado por el papa Francisco en la Audiencia general del pasado miércoles, día 22 de marzo en la Plaza de San Pedro.

Él mismo nos decía: “No nos cansemos de encomendar la causa de la paz a la Reina de la Paz”. En este sentido ha invitado a cada creyente y comunidad, en especial a los grupos de oración, a renovar cada 25 de marzo el acto de consagración a la Señora para que ella, que es Madre, nos guarde a todos en la unidad y en la paz” porque este es “un gesto de plena confianza de los hijos que en la tribulación de esta guerra cruel y esta guerra insensata, que amenaza al mundo, recurren a la Madre”.

Nos ruega el Papa que, bien al finalizar la Eucaristía de ese día, o al término del rezo del Santo Rosario, o de un momento de oración ante el Santísimo Sacramento, nos sintamos como los niños que, cuando están asustados “acuden a su Madre, depositando en su corazón el miedo y el dolor, y nos entreguemos totalmente a Ella. Es colocar en este Corazón limpio, inmaculado, donde Dios se refleja, los bienes preciosos de la fraternidad y de la paz, todo lo que tenemos y todo lo que somos, para que sea ella, la Madre que nos ha dado al Señor, la que nos proteja y nos cuide”.

Nos recuerda que recemos esta oración que él compuso para el pasado 25 de marzo de 2022:

Oh María, Madre de Dios y Madre nuestra, nosotros, en esta hora de tribulación, recurrimos a ti. Tú eres nuestra Madre, nos amas y nos conoces, nada de lo que nos preocupa se te oculta. Madre de misericordia, muchas veces hemos experimentado tu ternura providente, tu presencia que nos devuelve la paz, porque tú siempre nos llevas a Jesús, Príncipe de la paz.

Nosotros hemos perdido la senda de la paz. Hemos olvidado la lección de las tragedias del siglo pasado, el sacrificio de millones de caídos en las guerras mundiales. Hemos desatendido los compromisos asumidos

como Comunidad de Naciones y estamos traicionando los sueños de paz de los pueblos y las esperanzas de los jóvenes. Nos hemos enfermado de avidez, nos hemos encerrado en intereses nacionalistas, nos hemos dejado endurecer por la indiferencia y paralizar por el egoísmo. Hemos preferido ignorar a Dios, convivir con nuestras falsedades, alimentar la agresividad, suprimir vidas y acumular armas, olvidándonos de que somos custodios de nuestro prójimo y de nuestra casa común. Hemos destrozado con la guerra el jardín de la tierra, hemos herido con el pecado el corazón de nuestro Padre, que nos quiere hermanos y hermanas. Nos hemos vuelto indiferentes a todos y a todo, menos a nosotros mismos. Y con vergüenza decimos: perdónanos, Señor.

En la miseria del pecado, en nuestros cansancios y fragilidades, en el misterio de la iniquidad del mal y de la guerra, tú, Madre Santa, nos recuerdas que Dios no nos abandona, sino que continúa mirándonos con amor, deseoso de perdonarnos y levantarnos de nuevo. Es Él quien te ha entregado a nosotros y ha puesto en tu Corazón inmaculado un refugio para la Iglesia y para la humanidad. Por su bondad divina estás con nosotros, e incluso en las vicisitudes más adversas de la historia nos conduces con ternura.

Por eso recurrimos a ti, llamamos a la puerta de tu Corazón, nosotros, tus hijos queridos que no te cansas jamás de visitar e invitar a la conversión. En esta hora oscura, ven a socorrernos y consolarnos. Repite a cada uno de nosotros: «¿Acaso no estoy yo aquí, que soy tu Madre?». Tú sabes cómo desatar los enredos de nuestro corazón y los nudos de nuestro tiempo. Ponemos nuestra confianza en ti. Estamos seguros de que tú, sobre todo en estos momentos de prueba, no desprecias nuestras súplicas y acudes en nuestro auxilio.

Así lo hiciste en Caná de Galilea, cuando apresuraste la hora de la intervención de Jesús e introdujiste su primer signo en el mundo. Cuando la fiesta se había convertido en tristeza le dijiste: «No tienen vino» (Jn 2,3). Repíteselo otra vez a Dios, oh Madre, porque hoy hemos terminado el vino de la esperanza, se ha desvanecido la alegría, se ha agitado la fraternidad. Hemos perdido la humanidad, hemos estropeado la paz. Nos hemos vuelto capaces de todo tipo de violencia y destrucción. Necesitamos urgentemente tu ayuda materna.

Acoge, oh Madre, nuestra súplica.

Tú, estrella del mar, no nos dejes naufragar en la tormenta de la guerra.

Tú, arca de la nueva alianza, inspira proyectos y caminos de reconciliación.

Tú, “tierra del Cielo”, vuelve a traer la armonía de Dios al mundo. Extingue el odio, aplaca la venganza, enséñanos a perdonar.

Libranos de la guerra, preserva al mundo de la amenaza nuclear.

Reina del Rosario, despierta en nosotros la necesidad de orar y de amar.

Reina de la familia humana, muestra a los pueblos la senda de la fraternidad.

Reina de la paz, obtén para el mundo la paz.

Que tu llanto, oh Madre, conmueva nuestros corazones endurecidos. Que las lágrimas que has derramado por nosotros hagan florecer este valle que nuestro odio ha secado. Y mientras el ruido de las armas no enmudece, que tu oración nos disponga a la paz. Que tus manos maternas acaricien a los que sufren y huyen bajo el peso de las bombas. Que tu abrazo materno consuele a los que se ven obligados a dejar sus hogares y su país. Que tu Corazón afligido nos mueva a la compasión, nos impulse a abrir puertas y a hacernos cargo de la humanidad herida y descartada.

Santa Madre de Dios, mientras estabas al pie de la cruz, Jesús, viendo al discípulo junto a ti, te dijo: «Ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26), y así nos encomendó a ti. Después dijo al discípulo, a cada uno de nosotros: «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19,27). Madre, queremos acogerte ahora en nuestra vida y en nuestra historia. En esta hora la humanidad, agotada y abrumada, está contigo al pie de la cruz. Y necesita encomendarse a ti, consagrarse a Cristo a través de ti. El pueblo ucraniano y el pueblo ruso, que te veneran con amor, recurren a ti, mientras tu Corazón palpita por ellos y por todos los pueblos diezmados a causa de la guerra, el hambre, las injusticias y la miseria.

Por eso, Madre de Dios y nuestra, solemnemente encomiendo y consagro a tu Corazón Inmaculado mi vida, nuestras personas, la Iglesia y la humanidad entera, de manera especial Rusia y Ucrania. Acoge este acto nuestro que realizamos con confianza y amor; haz que cese la guerra, provee al mundo de paz. El sí que brotó de tu Corazón abrió las puertas de la historia al Príncipe de la paz; confiamos que, por medio de tu Corazón, la paz llegará. A ti, pues, te consagramos el futuro de toda la familia humana, las necesidades y las aspiraciones de los pueblos, las angustias y las esperanzas del mundo.

Que a través de ti, la Divina Misericordia se derrame sobre la tierra, y el dulce latido de la paz vuelva a marcar nuestras jornadas. Mujer del sí, sobre la que descendió el Espíritu Santo, vuelve a traernos la armonía de Dios. Tú que eres «fuente viva de esperanza», disipa la

sequedad de nuestros corazones. Tú que has tejido la humanidad de Jesús, haz de nosotros constructores de comunión. Tú que has recorrido nuestros caminos, guíanos por sendas de paz. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

El Papa nos recuerda, también, que en ese día se celebra la “Jornada en defensa de la vida”, de la “Santidad de la vida” o de la “Voz de los que no han nacido”, etc., y nos pide que se hagan, además de oraciones, gestos más o menos elocuentes en defensa de la vida, de toda vida humana, desde el momento de su concepción hasta su muerte natural. Y no os olvidéis de rezar, también, por las necesidades de nuestra Iglesia Diocesana, por la santidad de los sacerdotes, y por las vocaciones y su perseverancia.

Os bendice con afecto y se encomienda a vuestras oraciones,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

En la revista diocesana *Comunidade*

Enero

La “Visita apostólica” a los Seminarios, una ocasión de gracia

En el pasado mes de diciembre hizo un año de la *Visita ad limina*, en la que un buen número de obispos españoles, entre ellos los gallegos, fuimos recibidos por el papa Francisco. Con este nombre se quiere indicar la costumbre que existe entre los pastores de la Iglesia Católica de visitar al Santo Padre, una vez cada cinco años, para mostrarle la situación de la Diócesis, sus fortalezas y debilidades. Fue una oportunidad para compartir con él, Pastor de la Iglesia Universal, los problemas y dificultades a la hora de llevar a cabo la tarea pastoral en la Iglesia local que la providencia de Dios, a través del Papa, me ha encomendado.

A comienzos de este año 2023, será el Papa el que a través de un obispo se acercará a nuestra Diócesis para hacer una “Visita apostólica”. En este caso, quiere conocer de primera mano la situación de nuestros Seminarios diocesanos, de manera especial del Seminario Mayor Divino Maestro y del Seminario Diocesano Misionero *Redemptoris Mater*. Acogemos al obispo que viene como aquel que se hace presente en nombre del Señor para compartir con él nuestras preocupaciones sobre algo que nos afecta directamente a todos: la falta de vocaciones.

En realidad, estos centros diocesanos tienen sus idearios, sus reglamentos, su plan de estudios, sus horarios. Están luchando por cumplir sus objetivos. Todo está regulado por el *Plan de formación sacerdotal para España: “Formar pastores misioneros”*, recientemente aprobado, que busca realizar el proyecto de un sacerdote con corazón misionero. Tenemos que dar gracias a Dios porque el Seminario ocupa un puesto muy importante en el corazón de todos los diocesanos y esto porque no sólo es un centro de formación para los llamados al sacerdocio, sino que también es un lugar en donde tienen acogida los encuentros sacerdotales, sus celebraciones, las reuniones de los grupos apostólicos, parroquiales o arciprestales de la Diócesis y tantas otras actividades pastorales a lo largo del año. No es una realidad al margen de la vida diocesana, sino que es como una caja de resonancia de esta Iglesia particular, punto de referencia para todos aquellos que sienten la Iglesia como familia, incluso para otros muchos que se encuentran al margen de la vida cristiana, pero le deben mucho al Seminario.

Nuestros Seminarios son centros de formación que tienen sus fortalezas como, por ejemplo, una identidad que está claramente definida y un buen nivel de formación en todas las dimensiones. Pero también tienen sus deficiencias, y la más importante es que faltan seminaristas.

Ruego a Dios que esta Visita apostólica a nuestros Seminarios, *se convierta en un despertador* en la conciencia de todos los diocesanos, para que tomen en serio la tarea de suscitar, acompañar y no impedir que las vocaciones al sacerdocio –que existen, porque Dios sigue llamando– sigan su camino; que no encuentren obstáculos en sus padres, en sus compañeros de clase y de diversión, en medio de sus ambientes. El santo Pueblo de Dios acude, cada vez con más frecuencia, al obispo para solicitarle los servicios pastorales de un sacerdote que atienda a su parroquia. Pero los sacerdotes no se fabrican, ni se cultivan en el patio del Obispado, sino que surgen en el seno de las familias, o en el ambiente de colegios en donde hay una pastoral vocacional bien definida, en los movimientos apostólicos. No brotan por generación espontánea. La llamada a crear una “cultura vocacional” que nos ha encomendado nuestro Sínodo Diocesano, es tarea de todos: de los sacerdotes que, sea cual sea su edad, tienen que atreverse a proponer la llamada de Dios como un camino de realización personal y de plenitud de vida; de los padres, porque saben que los hijos son un don de Dios y no una propiedad para uso particular y satisfacción de los deseos personales, que tarde o temprano quedan frustrados por la dinámica de la misma vida; de los jóvenes, porque si sienten la llamada del Señor, por mucho que hagan, no podrán acallar la voz de Dios, y si lo hacen, quedarán encerrados en las fronteras de su propio yo, que es camino de infelicidad.

Los Seminarios son centros tan importantes en la vida de una Iglesia local que cuando se cierran, se siente la tristeza de un fracaso comunitario que genera mucho desaliento. Correr la aventura de cerrar un Seminario es, para una Diócesis, un proyecto sin retorno y sin futuro. Aprovechemos la ocasión de esta *Visita apostólica*, que nos manda el Santo Padre, para que crezca en toda nuestra Iglesia diocesana una mayor preocupación por la tarea de suscitar vocaciones al sacerdocio. Hagámoslo con nuestra oración diaria, con nuestras tareas catequéticas más vibrantes y propositivas, y no tengamos miedo de hacer llegar la invitación a los niños, a los jóvenes y, también, a aquellos que habiendo finalizado sus carreras universitarias o encontrándose en el ejercicio de un trabajo profesional, le podamos invitar a acoger la pregunta sobre la vocación.

“Caminar juntos. Caminar unidos” ha sido como el gran *leitmotiv* de nuestro Sínodo Diocesano; que ese mismo deseo nos una en esta tarea común e inaplazable que consiste en implicarnos, seriamente, en ser cultivadores de esa cultura vocacional como algo imprescindible para el futuro de nuestra Iglesia diocesana.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Febrero

El Dios fiel mantiene su alianza (Dt 7,9)

Hace tan sólo unas semanas los obispos españoles han puesto en nuestras manos un documento que, según algunos, se hizo de rogar, y para otros, ¡llega tarde! Estimaban que ante la situación sociopolítica en la que nos encontramos –dicen algunos–, los obispos no deberían estar tan callados. ¡Tenían que hablar más! Lo cierto es que en estos últimos años, la Conferencia Episcopal Española ha publicado una serie de documentos que siempre han buscado, y siguen haciéndolo, iluminar la inteligencia y el corazón de los hijos e hijas de Dios que viven su fe en el seno de la Iglesia Católica que peregrina por las viejas tierras españolas, y también se les ofrece a aquellos conciudadanos de buena voluntad que desean saber cuál es la doctrina social de la Iglesia acerca de toda la problemática con la que nos encontramos. No es que los obispos estén callados ante las circunstancias: hablan y escriben, y lo hacen a menudo. Pero sus mensajes no interesan; es más, ¿los leemos nosotros que decimos que somos de Iglesia? ¿o quizás esperamos por esos subrayados que aparecen en los medios y que, en ocasiones, no dicen todo lo que es? Hoy me siento en la necesidad de hablaros de un texto muy interesante: un pequeño libro que se abre delante de nosotros y nos invita a continuar, no sólo con su lectura, sino también a llevar a cabo nuestra reflexión y a atrevernos a completarlo.

Tras la frase de uno de los primeros libros de la Biblia, el Deuteronomio: *El Dios fiel mantiene su alianza (Dt 7,9)*, los obispos nos presentan, no una instrucción pastoral, ni un documento perfectamente trabado sobre un tema concreto, sino que en esta ocasión ponen en nuestras manos un instrumento de trabajo pastoral que nos sirva para compartir una serie de reflexiones abiertas, no sólo a los miembros de la Iglesia, sino también a toda la sociedad española partiendo de una mirada propositiva sobre la actual situación cultural, social y política que nos envuelve por todas partes. A través de sus 101 páginas descubrimos una serie de vías de reflexión a través de las cuales podemos encontrar esa luz que necesitamos en este “cambio de época” que estamos viviendo, en el que se están poniendo en juego una serie de procesos legislativos y sociales que están operando una “deconstrucción” de lo que es el ser humano, de la familia, de la historia y de la sociedad, todo ello fundado en una filosofía subjetiva e inmanentista, de un peculiar concepto de progreso y de una romántica interpretación de la llamada sociedad de bienestar.

Al encontrarnos inmersos en esta sociedad de la telemática, en donde las prisas y la inmediatez nos ganan y llevan la delantera en todo, casi no nos percatamos de lo que acontece en nuestro entorno. Los grandes sistemas ideológicos y económicos que se mueven tras las gestiones de nuestros dirigen-

tes, aprovechando la atomización de nuestros sentidos, van “construyendo” la realidad sin darnos cuenta. ¿Quién lee todos los proyectos de ley que se presentan? ¿cuántos ciudadanos tenemos la inteligencia despierta para sopesar las consecuencias de las leyes aprobadas? ¿somos conscientes de que se está “creando” un nuevo concepto de la realidad humana, de la sexualidad, de la relación entre las personas, de la historia, de que se nos ofrecen desconcertantes maneras de entender las relaciones entre las personas, entre estas y los animales –cultura de la mascota–, e incluso se está “reconfigurando” el puesto del ser humano en el cosmos. Parece que la misma naturaleza de las cosas, de los animales y de las personas está experimentando un replanteamiento nuevo que, sin darnos cuenta –porque como he dicho estamos inmersos en nuestras cosas cotidianas–, nos está ofreciendo una cultura nueva, con una propuesta antropológica diferente, de corte materialista, aquejada de un fuerte idealismo, encerrada en un individualismo estéril y sin ninguna apertura a la trascendencia porque se encuentra clausurada en un inmanentismo que la hace caer en un pesimismo sin esperanza que es causa de tanto desencanto, egoísmo y agresividad entre las personas y en la sociedad.

Todo esto son las causas que están en el trasfondo de las modas culturales, de los proyectos legislativos y de la ingeniería social. Ante todo ello, la luz del Evangelio de Jesús que se ha venido explicitando a través de la Tradición cristiana, que ha sido la matriz cultural del mundo occidental, se quiere convertir para todos, cristianos o no, en una alegre noticia en la que, una vez más la verdad, el bien, la belleza y la armonía de lo creado siguen convirtiéndose en el auténtico caldo de cultivo en donde germina la libertad, el respeto y el amor.

Sería de desear que este librito: *El Dios fiel mantiene su alianza* (Dt 7,9), instrumento de trabajo pastoral sobre la persona, la familia y la sociedad, ofrecido a la Iglesia y a la sociedad española desde la fe en Dios y la perspectiva del bien común, pudiera convertirse en un recurso de reflexión y trabajo, tanto para las personas que buscan respuestas a muchas dudas e inquietudes, como para aquellos que vivimos en el seno de la Iglesia y deseamos redescubrir luces nuevas que iluminen nuestros pasos; que, al clarificar y fortalecer nuestros pensamientos, nos puedan ayudar para dar razón de nuestra fe y de nuestra esperanza y, con ello, podamos tener la valentía para presentar sin miedos nuestra manera de entender las cosas, el mundo, los animales, al hombre, a la familia, a la sociedad, y al mismo Dios.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Marzo

Ascese coresmal e experiencia sinodal

Ó comezo deste tempo coresmal quixera ofrecer uns puntos de reflexión que puideran orientarvos durante estes corenta días que nos preparan á Pascua. A Coresma é un don de Deus que se nos concede na Igrexa e non ten sentido en si mesma, só á luz Pascual se descobre toda a súa perspectiva ascética; tódolos exercicios espirituais e físicos propios da Coresma adquiren un grande significado cando se contemplan e realizan no horizonte pascual; isto quere dicir que atopan o seu significado último a través da experiencia de Cristo, o Crucificado-Resucitado.

Este ano, o sentido da nosa “ascese coresmal”, seguindo o consello do papa Francisco, debemos contemplalo baixo o prisma da “experiencia sinodal”, tanto diocesana como universal. Toda ascese supón loita, esforzo, traballo espiritual; toda esta dinámica, como fillos da Igrexa, estamos chamados a vivila xuntos, unidos. Por iso é polo que o Papa nos convida, na súa mensaxe deste ano, a realizar este camiño seguindo un proceso similar ó dunha “subida a un monte”, coas dificultades físicas, psíquicas e espirituais que isto supón.

Sabemos, por experiencia propia, que toda subida entraña as súas dificultades. Tamén podemos dicir que todo proceso sinodal é sempre un camiño difícil, escarpado, con moitos accidentes, e é doado caer no desalento e na tentación de “tira-la toalla”, de mirar atrás ou seguir instalados nas nosas ocupacións e rutinas, nas inercias pastorais “porque sempre se fixeron así”. Con todo, así como a beleza da Pascua atraenos co seu luminoso dinamismo, de igual modo, o camiño sinodal, arraigado na tradición da Igrexa, sempre está aberto á novidade, se non temos cristalizado o espírito, e convídanos a deixarnos fascinar pola procura de novos camiños pastorais, evitando caer nas prácticas de sempre, que nos pechan en nós mesmos, cedendo ó desalento, á crítica, ó fracaso, ó resentimento e, o que é peor, á infecundidade apostólica.

O camiño sinodal que emprendemos no 2016, no que nos atopamos inmersos, do mesmo xeito que o camiño coresmal lévanos a buscar a transfiguración persoal e comunitaria.

A Coresma é un tempo de gracia, que nos concede a Nai Igrexa, para que poidamos escoitar ó Señor. Recomendovos, encarecidamente, que nos nosos fogares, ás veces tan ruidosos por mor da omnipresenza da televisión, o móbil e outros elementos da telemática, reservemos para nós un pequeno lugar onde, creando unha atmosfera apropiada de silencio, mediante a lectura das Escrituras, sobre todo do Evanxeo, nos poñamos á escoita orante do querer de Deus.

Por outra banda, non podemos esquecer que existen outras maneiras a través das cales tamén nos pode falar o noso Bo Deus. Faino por medio dos “outros”, aqueles que conviven no noso mesmo fogar e, tamén, por medio deses “outros rostros” que nos mostran as súas feridas, dores e necesidades, e buscan a nosa compañía e atención. Tras eles, atopámonos sempre con Xesús, o Deus vivo. Tamén nos fala o Señor por medio da Igrexa. A Coresma é un tempo propicio para ler os escritos do Papa –comezando pola Mensaxe para a Coresma de 2023–, prestar atención ó que nos di o bispo a través das súas cartas e escritos, ou repasar algunhas páxinas do Catecismo da Igrexa.

Tendo en conta estas observacións descubrimos o sentido máis profundo do xaxún, da abstinencia e da esmola que nos aconsella a Igrexa durante a Coresma: prescindir do móbil que pode ser xa unha escravitude, apaga-la música que nos impide escoitar a Deus e ó irmán, deixar de lado a televisión que en moitas ocasións aletarga a alma e cansa a mente. Seguro que algunhas destas cousas nos custan máis que abstermos de calquera comida!

Se nos poñemos á escoita do querer de Deus, darémonos conta de que o noso espírito adquire, ós poucos, unha maior capacidade de apertura ós “outros” e ás súas necesidades. Aí xorde outro sentido, quizais máis auténtico, da ascese coresmal que é a pobreza.

Para subir ó “monte da transfiguración espiritual” necesitamos ir lixeiros de equipaxe; na nosa mochila só debemos levar o imprescindible. Durante este camiño coresmal, lémbraenos a praxe cristiá da esmola e, baixo esta perspectiva, convídase nos a vivir mellor a virtude evanxélica da pobreza cristiá. Como suxeitos desta sociedade de benestar e consumo, fascinados por un suposto progreso, moitas veces parece que nadamos na abundancia, ata do superfluo, e isto incapacítanos para descubri-las necesidades do “outro” co que nos atopamos no camiño; damos un rodeo ou pasamos de longo (cfr. Lc 10,31). Por iso é moi importante a pobreza cristiá que non só nos fai inmensamente libres, senón que evita que esteamos atados ás cousas e non nos preocupemos do “Señor das cousas”.

A pobreza fainos dispoñibles para apuntarnos ó voluntariado en Cáritas ou noutros servizos da Igrexa (parroquias, seminarios, Diocese), tantas veces con dificultades á hora de responder ás solicitudes que chegan ata nós. A pobreza ábrenos ó querer de Deus porque, cando vivimos un auténtico desprendemento, Deus énchenos coas súas grazas.

Este camiño coresmal, así vivido, ten como obxectivo primordial prepararnos para vivi-la paixón e a cruz e vivilas con fe, esperanza e amor para chegar así á gloria da resurrección. De igual modo, o camiño sinodal, quérenos axudar a non caer na infecunda ilusión de pensar que xa chegamos ó que nos propoñiamos.

Vivamos cada un dos corenta días que temos por diante, coma se fosen únicos. Non esquezamos que a Coresma non ten sentido en si mesma, senón que é a Pascua a que lle dá sentido e plenitude, pero cada Pascua significa un novo comezo ó longo da nosa vida.

Bendícevos con afecto e encoméndase ás vosas oracións,

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense